

DOCUMENTAR LA GUERRA: LAS CRÓNICAS DE PASCUAL SANTACRUZ SOBRE EL CONFLICTO GRECO-TURCO DE 1897

[Documenting the war: the chronicles of Pascual Santacruz on the Greco-Turkish conflict of 1897]

Carlos Martínez Carrasco
Universidad de Córdoba – C.E.B.N.Ch.

RESUMEN

La guerra greco-turca de 1897 dio lugar a una oleada de informaciones y artículos en prensa que pusieron de manifiesto el interés que suscitaba la 'Cuestión de Oriente'. En este estudio se aborda el análisis de los textos publicados por el joven intelectual regeneracionista Pascual Santacruz en las páginas del diario *El Defensor de Granada*. Puestos en su contexto, el objetivo es conocer la construcción a través del discurso de la imagen de Grecia durante la crisis de fin de siglo y el alcance del filohelenismo español en un marco de cambio de paradigma político.

PALABRAS CLAVE: Documentación, periodismo, guerra greco-turca (1897), nacionalismo, Derecho Internacional, Pascual Santacruz.

ABSTRACT

The Greco-Turkish War of 1897 gave rise to a wave of information and articles in the press that highlighted the interest aroused by the 'Eastern Question'. This study deals with the analysis of the texts published by the young regenerationist intellectual Pascual Santacruz in the pages of the newspaper *El Defensor de Granada*. Placed in its context, the objective is to know the construction through the discourse of the image of Greece during the crisis of the end of the century and the scope of Spanish Philhellenism in a framework of political paradigm shift.

KEYWORDS: Documentation, Journalism, Greco-Turkish War (1897), Nationalism, International Law, Pascual Santacruz.

La construcción de Grecia como Estado-nación es relativamente reciente y no exenta de hitos conflictivos. A diferencia de otros países de su entorno, el Mediterráneo en general y los Balcanes en particular, esta conflictividad ha tenido un carácter más exterior que interior. Desde el momento de su Independencia del Imperio otomano tras una guerra de seis años (entre 1821 y 1827), no se registran guerras civiles, para eso habrá que esperar a 1943/4. No obstante, la de los griegos en el siglo XIX no es una Historia pacífica. Está jalonada por tensiones territoriales con sus

vecinos más inmediatos, en lo que desde la Europa occidental se llamó la ‘Cuestión de Oriente’, asunto central en la política del Viejo Continente desde el final de las guerras napoleónicas hasta el estallido de la I Guerra Mundial. Un asunto espinoso de largo recorrido y consecuencias fatales que en el fondo no era sino un juego de equilibrios entre las ‘Potencias’ en una zona del mapa altamente volátil por su particular Historia y composición étnica.

Una mezcla de sentimientos nacionales de unos Estados balcánicos que se estaban independizando en diferentes grados de la Sublime Puerta, con el irredentismo de algunos de estos nuevos países que reclamaban regiones de sus vecinos habitadas por minorías lingüísticas/étnicas consideradas propias. A esto habría que sumarle los intereses de terceros países que veían con recelo cómo sus rivales por la hegemonía ganaban ventaja en una región vital para la geopolítica de finales del siglo XIX. Si el Imperio otomano se mantuvo con vida hasta los años 20 del siglo XX, se debió fundamentalmente a que Gran Bretaña temía que Rusia se asentara sobre los Estrechos y comprometiera su dominio en el Mediterráneo oriental, sobre todo por el acceso al Canal de Suez —inaugurado en 1869 y desde 1888 bajo ‘protección’ británica en otra maniobra maestra de su diplomacia—, pieza clave en el mantenimiento de su imperio colonial, cuya ‘joya de la corona’ era la India.

El Tratado de Berlín de 1878 (Lord 1917) había consagrado la existencia de los Estados-nación balcánicos, basados en un exacerbado nacionalismo militarista que imitaba las prácticas colonialistas de las ‘Potencias’¹ occidentales. Tarde o temprano, sus apetencias territoriales, tanto a costa de sus vecinos como del Imperio otomano —en el horizonte estaba su *destino manifiesto*²: expulsar a los turcos de Europa—, provocaría sucesivas guerras que amenazaban con hacer saltar los equilibrios de la ‘paz armada’³. Esos pequeños Estados manipulaban a su antojo, conscientes de

¹ Con esta denominación, se hace referencia a los seis países que dirigieron la política internacional, con variaciones puntuales, durante buena parte del siglo XIX: Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania, Austria-Hungría y Rusia

² Se conoce como *destino manifiesto* a la doctrina política estadounidense por la cual se consideraban una nación elegida por Dios y destinada a expandirse territorialmente entre los océanos Atlántico y Pacífico. En el marco del irredentismo con tintes providencialistas que enarbolaron muchos de los países de los Balcanes, incluida Grecia, sería lícito recurrir a ella para tratar de entender los procesos históricos que se dieron en el sureste europeo durante las décadas finales del siglo XIX.

³ Con este nombre se conoce al período comprendido entre el final de la guerra franco-prusiana (1871) y el estallido de la I Guerra Mundial (1914), marcado por las alianzas (más o menos) secretas entre los Estados que tejieron un complejo entramado de relaciones cuyo objetivo era minimizar los riesgos de un conflicto europeo a gran escala. Véase: De la Torre (2009) y Cava Mesa (2009).

la importancia geoestratégica de los Balcanes, el miedo de las cancillerías a la desestabilización de la región. Acabarían involucrando a las ‘Potencias’ en sus rencillas internas, con lo que sólo logran que el problema se agudice aún más, imponiendo soluciones que realmente a lo que conducen es a su agravamiento. La diplomacia europea se mostró incapaz de dar una solución a los problemas, por lo que, en lo sucesivo, era de esperar que estallaran conflictos localizados que amenazaran con desbordarse (Stavrianos 1958, 413-414; Veiga 2019²).

Eran países cuyas ambiciones superaban con creces sus capacidades militares y económicas, a pesar de que en los últimos años experimentaran una rápida modernización gracias a la industrialización. Si bien esto no afectó por igual a todos los niveles: seguían siendo, en comparación con las sociedades europeas occidentales, bastante atrasados, sin poder librarse completamente del halo *oriental*. Formaban parte de esa ‘otra Europa’ en la que Londres, Viena, París, Roma o Madrid ven rasgos reconocibles, compartidos, pero al mismo tiempo hay otros que les resultan más propios de lo que ellos consideraban Asia⁴.

En este contexto internacional, España no era un actor decisivo en el ‘concierto de naciones’. Y aunque sumida en su propia crisis —son los años de la guerra en Cuba, en los que el sistema de la Restauración daba signos evidentes de agotamiento—, los sucesos internacionales tienen un profundo impacto en la opinión pública y publicada española. Si bien de forma indirecta, la ‘Cuestión de Oriente’ había dado lugar a la publicación de varias obras en nuestro país como consecuencia de las simpatías que despertaba la ‘causa griega’ en su lucha contra *el Turco* quizás por eso de que éste había sido el enemigo tradicional de España en el Mediterráneo durante los siglos XVI y XVII⁵. Tanto es así que las tensiones con las que comenzó el año 1897 en Creta y que preconizaban una nueva crisis en el Imperio otomano, despertaron un vivo interés en toda la prensa, además de entre la clase política, con posturas enfrentadas entre filohelenos y filoturcos.

Un interés que llegaría hasta el último rincón del país. De este modo, el jueves 11 de febrero de 1897, publicaba Pascual Santacruz *Revuelta* († 1953) su primera «Revista internacional» —que en las semanas siguientes

⁴ La obra fundamental sobre el *orientalismo* es la E. Said (2003). Para la aplicación de este concepto a la ‘otra Europa’, véase: Martínez Carrasco (2017) y Morfakidis Motos (2017).

⁵ El estudio más reciente y completo sobre la ‘Cuestión de Oriente’ y la implicación de España en ella es el de D. Morfakidis Motos (2017). Para conocer cuál era la postura de algunos intelectuales españoles sobre este asunto a comienzos del siglo XX, inmediatamente después de los hechos de que se ocupa este estudio, véase: Balbín (1909)

pasaría a llamarse «Crónica extranjera»— en las páginas del diario *El Defensor de Granada*. El tomar como material de análisis la serie de artículos que fueron apareciendo en esta publicación hasta la finalización de la Guerra de los Treinta Días —como se conoce a la guerra greco-turca de 1897, librada entre el 18 de abril y el 20 de mayo—, no se debe sólo a la rareza, *a priori*, de que un periódico ‘de provincias’ dedicara un espacio privilegiado en primera página a un asunto que no afectaba en nada a la sociedad granadina. Tiene que ver sobre todo con la calidad de dichas colaboraciones; con el modo en el que su autor, uno de los intelectuales más importantes de la España de finales del XIX y comienzos del XX, expone y razona sus puntos de vista. Pascual Santacruz Revuelta escribió estas piezas a la edad de 25-26 años —había nacido en Barcelona en 1871—, mientras era estudiante de Derecho y Filosofía y Letras en Granada. En estos artículos del invierno-verano de 1897, analiza la ‘cuestión cretense’ y la posterior guerra entre Grecia y Turquía a la luz de las nuevas doctrinas jurídicas y filosóficas de su momento, incardinadas en el Regeneracionismo⁶.

En lo que a la situación en el Mediterráneo oriental se refiere, Creta representó durante toda la segunda mitad del siglo XIX el más claro ejemplo de conflicto enquistado de difícil resolución por las repercusiones que tenía en el equilibrio de poderes entre las ‘Potencias’ y que en 1897 había resurgido. Todos los intentos por suavizar el rigor con el que Constantinopla gobernaba la isla fracasaron rotundamente por lo enconado de las posturas. El ciclo de matanzas e insurrecciones parecía ser el sino de la isla⁷ ante la incapacidad de las cancillerías europeas y las reclamaciones de los cretenses refugiados en Grecia a las que se unían las del gobierno de Atenas. España tendría un testigo de excepción en la figura del Ministro Residente en la capital griega, Emilio de Ojeda, quien mantuvo informado en todo momento al gobierno español de cuanto acontecía.

El sentimiento de abandono era generalizado entre los cretenses y la posibilidad de una nueva insurrección estaba sobre la mesa, al menos desde una década antes, desde 1889. Los cables diplomáticos recibidos en Madrid desde Atenas en ese año pusieron de manifiesto cómo los cretenses jugaron la baza de la manipulación para forzar la *Ένωσις*, la unión con

⁶ Figura olvidada de la Historia intelectual y cultural española a pesar de su amistad con figuras tan destacadas como Miguel de Unamuno o Ángel Ganivet, son muy pocos los estudios acerca de Pascual Santacruz. Para un breve esbozo sobre el personaje, véase: Cantalejo 2021, 60-61.

⁷ El carácter indómito de los cretenses sirvió como punto de partida para una de las novelas más representativas del escritor Nikos Kazantzakis († 1957), *Ο καπετάν Μιχάλης. Ελευθερία ή Θάνατος* (‘El capitán Mijalis. Libertad o Muerta’, trad. Vilela Gallego 2012), ambientada en la revuelta de 1889 y escrita en 1953.

Grecia, buscando la intervención de los países europeos. De Ojeda advertía en una comunicación fechada el 12 de noviembre de 1889 de que el gobierno griego del momento, encabezado por Charialos Trikupis († 1896), se mostraba poco proclive a satisfacer estas reivindicaciones del panhelenismo, frente a un Theodoros Deliyannis († 1905) mucho más beligerante, pero incapaz de causar una clara adhesión entre la opinión pública⁸.

Describe la sesión parlamentaria de ese 12 de noviembre como un choque entre el escrupuloso respeto a las normas internacionales del primer ministro y las posturas populistas de una parte de la oposición. Ante las acusaciones de Deliyannis, Trikupis recuerda a la cámara que él en ningún momento ha abandonado a los cretenses. Expone cómo su gobierno ha tratado de llegar a un acuerdo con Turquía, pero que ante los fracasos de las negociaciones y las consecuencias negativas que le estaba acarreado a Grecia, su gobierno se consideraba desligado de cualquier compromiso con unas ‘Potencias’ que habían ninguneado a Atenas. Porque no se trataba sólo de la cuestión de Creta. Trikupis hizo desde la tribuna todo un alarde de política irredentista al exponer las pretensiones territoriales helenas, erigiéndose en los valedores de «todas las provincias del Imperio en que gemían los griegos bajo el yugo otomano» (Morcillo 2015, 256). Era una forma de acallar los exabruptos de la oposición.

La consecución de la *Μεγάλη Ιδέα*, es decir, de la construcción de la ‘Gran Grecia’, implicaba que debían calcularse cuidadosamente las medidas adoptadas frente a la Sublime Puerta, ya que de ello dependía la suerte de los griegos de Asia Menor, el Epiro o Macedonia. Actuar en favor de los cretenses significaba que el sultán Abdulhamid II (1876-1909) pudiera tomar represalias sobre los cristianos en otras partes del Imperio. Esta postura es la opuesta a la que adoptaría Deliyannis en 1897, alentando la intervención armada griega en Creta, echando por tierra la política de Trikupis y situando al país, junto con el resto del continente, al borde del precipicio.

El papel de mediador que adoptó el *káiser* Guillermo II (1888-1918) ante Constantinopla ayudó a que el soberano otomano concediera a los cretenses un *firmán* con la amnistía. Si bien dicha amnistía no fuera tal, ya que algunos presos políticos pasarían a ser considerados como comunes y porque se excluyeron también a los que ya habían sido condenados. Era papel mojado desde el principio y el gobierno de Trikupis no se hacía demasiadas ilusiones con lo que pudiera suceder en Creta a partir de ese momento, si bien el ministro de Exteriores, Stephanos Dragumis

⁸ La máxima de este político populista y demagogo era la de oponerse sistemáticamente a todo cuanto propusiera su rival Ch. Trikupis (Clogg 2021⁴, 292)

reconoció a De Ojeda que la situación en la isla era mucho más tranquila de lo que desde Atenas querrían reconocer: Constantinopla había controlado los abusos de la soldadesca contra la población civil, alejando así la posibilidad de un conflicto a mayor escala que obligara a las ‘Potencias’ a intervenir para evitar el desastre (Morcillo 2015, 258).

En Grecia, el *firmán* tampoco fue bien recibido, pues eran muchos los que estaban convencidos de que el sultán había visto la necesidad de apaciguar los ánimos de los cretenses para mantener la isla bajo su autoridad. Pensaban que el proceso de occidentalización emprendido por Abdulhamid se dejaría sentir también en su acción diplomática. Sin embargo, optaron por mantener su línea de acción. Stephanos Dragumis estaba convencido de que Grecia se vería forzada por Turquía a actuar por su cuenta en la ‘cuestión cretense’ y que la anexión se producía en el momento en el que la ocasión fuera propicia a los intereses de Atenas (Morcillo 2015, 259).

Y a pesar de esto, de considerar la posibilidad de una intervención unilateral griega en Creta desoyendo las advertencias de las ‘Potencias’, no se abandona la opción de forzar la entrada de las cancillerías europeas. Los notables cretenses exiliados en Atenas llamaban la atención sobre las malas condiciones de vida de los cristianos en la isla, sometidos a las arbitrariedades de los turcos. Pero, a pesar del desinterés europeo por lo que pueda sucederles, ellos no renunciaron a su objetivo, a la *Ἐνωσις*, por lo que están dispuestos a continuar con la guerra. Se mostraban completamente convencidos de que, en caso de conflicto greco-turco, las ‘Potencias’ se limitarían a reñir a Constantinopla, pero sin involucrarse directamente (Morcillo 2015: 260).

Tampoco podemos obviar otro hecho que, creo, puede ser fundamental para entender la deriva posterior de 1897. Se ha mencionado la presencia en Atenas de un consejo de aristócratas cretenses en el exilio, pero tanto o más importante fue la llegada y presencia de fugitivos procedentes de la isla en el mes de agosto de 1889 como consecuencia del desembarco de las tropas turcas en Creta enviadas por el sultán para apaciguar la situación. Las condiciones deplorables de las mujeres, ancianos y niños que bajaron de los barcos (Morcillo 2015, 254), impactó con fuerza no sólo entre la opinión pública helena, sino también entre los embajadores y encargados de negocios o cónsules extranjeros en la capital griega. Se hacía muy difícil para los ministros del gabinete de Trikupis mirar para otro lado y desentenderse de la situación de sus «hermanos» cretenses: quienes habían presenciado su llegada, sus votantes, no lo entenderían.

Los encargados de prestar una primera asistencia a los refugiados fueron ciudadanos particulares que ofrecieron sus casas para acogerlos y enseguida se sumaron las autoridades municipales, quienes pusieron a su

disposición los edificios de las escuelas y los arsenales de los puertos. Al de Syros llegaron 600 el primer día y 700 al siguiente en varios vapores, lo que da un total de 1.300 refugiados a esta isla de las Cícladas. Al Pireo, 200 primero y luego otros 400, en total 600. En esos días de verano, Grecia tendrían que hacer frente a unos 1.900 refugiados, una cantidad que representaba un desafío para las autoridades helenas. Si llevamos a cabo una comparativa, la ciudad de Atenas tenía en torno a 44.500 habitantes, según datos de 1870 (Tung 2001, 263), lo que suponía el 4,3% de la población de la principal urbe del país. La inspección de los arsenales de Salamina por parte del ministro Theotokis haría pensar en la posibilidad de una intervención griega para evacuar a los refugiados o quizás un desembarco militar para forzar la situación.

En su primer artículo, Pascual Santacruz no se aparta en nada de la forma en la que desde occidente se describía al sultán otomano, influenciado por el imaginario orientalista y los prejuicios anti-islámicos. El Abdulhamid que describe en su crónica periodística (*El Defensor*, 11/02/1897, 1), es el prototipo de déspota oriental asustado por la posibilidad de un complot contra su vida, que apenas se mueve del palacio y siempre está rodeado de la guardia. Tal vez no se debiera a la paranoia del tirano, sino que respondiera a un miedo real ante el incremento de la violencia callejera en Constantinopla, agitada en los años previos por grupos armados armenios, que pusieron en marcha una campaña que hoy llamaríamos, sin ambages, terrorista. Unas acciones a través de las cuales pretendían vengar las matanzas de armenios en Asia Menor. El 26 de agosto de 1896 marcó un punto de inflexión en esa estrategia de desestabilización con una cadena de ataques entre los que los más espectaculares fueron el atraco al Banco Otomano —que incluyó la toma de rehenes y algunos muertos— y un atentado con bomba contra el propio sultán cuando éste se dirigía a la mezquita de Santa Sofía para la oración del viernes (Shaw – Shaw 1977, 204-205).

Santacruz deja muy clara su postura antibritánica y antirrusa, que tendría su origen en el modo en que ambos países se condujeron en la ‘cuestión armenia’. Rusia se había encargado de crear un problema en el interior de Turquía cuya única salida era la creación de un Estado propio, algo a lo que no estaban dispuestos tras la fallida experiencia de Bulgaria. Por su parte, Gran Bretaña habría cedido a las presiones rusas para no intervenir. En Moscú pesó mucho más el temor a que la flota británica se quedara fondeada en el Bósforo y amenazara su posición. (Shaw – Shaw 1977, 205; Martínez Carrasco 2017, 220). Para acabar con la inactividad en favor de los griegos, apelaba a la intervención mucho más clara de los «pueblos latinos», en lo que deberíamos entender como un llamamiento a que Francia e Italia se involucraran mucho más directamente en la ‘cuestión

cretense', en apoyo de los griegos que pretenden acudir en auxilio de los isleños (*El Defensor*, 18/02/1897, 1). El conflicto se plantea como una lucha entre la civilización —que representan los griegos y todo cuando pueda ser asimilado con *lo* occidental— y la barbarie —lo propio de los turcos—. Lo que bosqueja el articulista es una intervención militar humanitaria, similar a la que la OTAN llevó a cabo en Kosovo (marzo de 1999)⁹: ante el riesgo de limpieza étnica que amenazaba a la población cretense, estaba legitimado el uso de la fuerza por parte de las 'Potencias'.

El primer párrafo de la «Revista Internacional» del jueves 18 de febrero de 1897 da buena idea de la situación de confusión que rodeaba a los sucesos que tenían lugar en la isla del Mediterráneo oriental: «En brevísimos momentos la diplomacia europea ha pasado por el temor, la esperanza y el optimismo, hasta venir a detenerse en la realidad de la situación actual, bien grave y amenazadora por cierto» (*El Defensor*, 18/02/1897, 1). Del miedo a que los combates entre cretenses y turcos provocaran la intervención griega en la isla a la tranquilidad que les dieron las declaraciones del gobierno heleno sobre la no intervención y de ahí al desasosiego por la situación en la que, según el gobierno de Atenas, estaban los cristianos en Oriente. Llama la atención sobre lo vergonzoso que resultaba que los principales países del 'concierto de naciones' miraran para otro lado. Apela a la historia europea de resistencia frente a la barbarie: dejar a los cretenses y de paso a los griegos a merced de la Turquía otomana equivalía a renegar de la lucha por la civilización, reconociendo de forma implícita que los valores orientales estaban por encima de los occidentales.

Es significativo el uso que hace Santacruz del concepto de derecho de defensa aplicado a los cretenses y de forma subsidiaria a los griegos, entendiendo que la isla no era una provincia turca sino un territorio invadido de forma ilegítima que debía volver a su patria de origen. Una forma de restaurar la justicia. La que está a punto de estallar es, a juicio del articulista, una guerra justa. Lo que plantea es la visión de Agustín de Hipona al respecto, que se basa en la noción de *ulciscuntur* > castigo por un crimen. En este caso, el 'crimen' es la inacción ante las agresiones cometidas y el 'castigo', la defensa del agredido, de la que está exenta la venganza (Baqués 2020). Se puede entender que la 'guerra justa' de los griegos apoyados por las 'Potencias' tendría su justificación en la dejación de funciones por parte de Constantinopla, que debía haber puesto coto a las acciones de los turcos en Creta contra los cristianos. La misión del sultán es

⁹ Sobre las consecuencias de esta intervención de la OTAN en la redistribución de las influencias extranjeras en los Balcanes y las relaciones serbokosovares, véase: Rodríguez Andreu (2017).

proteger a sus súbditos, por lo que en caso contrario queda legitimada cualquier intervención extranjera para auxiliar a los agredidos.

El pensamiento de Santacruz en 1897 adelanta el que será casi un siglo más tarde el de Michael Walzer, para quien el uso de la fuerza militar está justificado cuando existe una vulneración masiva de los derechos humanos y se da una situación que repele la conciencia moral de la humanidad (Baqués 2020). El mismo argumento que, en 1898, los EE. UU. esgrimieron para intervenir en la rebelión cubana y declarar la guerra a España (Walzer 2006⁴, 101-102). No obstante, el riesgo es que bajo el paraguas del humanitarismo se produjera un debilitamiento del (supuesto) agresor (Walzer 2006⁴, 106), con lo que entramos en una dimensión diferente.

¿Hasta qué punto las 'Potencias' estaban dispuestas a permitir que Turquía perdiera peso en el área mediterránea oriental? Esta pregunta es la que articula toda la 'Cuestión de Oriente' desde sus inicios, a partir de la Revolución Griega, especialmente porque Rusia fue la potencia emergente en la Europa que surgió tras las convulsiones de la serie Revolución francesa-Guerras napoleónicas. El temor a una Rusia con una salida al Mediterráneo y controlando el Bósforo fue lo que en última instancia marcó las posturas de las distintas cancillerías europeas. Era un secreto conocido por todos que tanto Rusia como Turquía —además de Austria-Hungría— eran imperios en ruinas que habían iniciado una suerte de competición por cuál de ellos sería el primero en desintegrarse (Taylor 1957², 248). Y en este contexto, el gobierno del zar empujaba para ganar tiempo a costa de los otomanos.

Por esa razón, las 'Potencias' no podían aceptar la anexión griega de Creta y lo más con lo que estaban dispuestas a transigir era con un estatuto de autonomía para la isla, aun cuando las tropas griegas estuvieran sobre el terreno, apoyando a los insurrectos. Santacruz se muestra entusiasmado con la propuesta, la menos mala de las que se podían plantear para los cretenses, ya que suponía un cambio sustancial con respecto a las posiciones mantenidas hasta el momento. No obstante, ya hubo intentos recientes de ensayo de autonomía en la isla, como el que se produjo en junio de 1894, cuando los notables cretenses lograron arrancarle a Abdulhamid una reforma impositiva y el nombramiento de un valí cristiano para la isla, a pesar de que los musulmanes cretenses boicotearan descaradamente su labor, forzando su sustitución por un valí turco el 8 de marzo de 1896, en medio de una enorme agitación social (L'Heritier 1926, 308), preludio de lo que ocurriría un año más tarde.

En su texto, hallamos un apunte que permite ahondar en el pensamiento de Pascual Santacruz, en su ideología. Frente a las críticas recibidas por su claro posicionamiento del lado heleno, defendiendo las reclamaciones de los cretenses ante la Sublime Puerta, dice estar más cerca del

romanticismo de Musset que de los «amantes de la realidad» (*El Defensor* 02/03/1897, 1). Defensor del arte por el arte, mostraba un profundo rechazo ante cualquiera de los avances técnicos de su tiempo, convencido de que afeaban la naturaleza. Y aunque era conocida su tendencia «asocial» (Picard 1947, 35) y su desprecio por la política partidista, no es menos cierto su compromiso con causas humanitarias, pues se consideraba que aquí residía el verdadero patriotismo (Picard 1947, 65 y 68). Es de los que abogaron por una huida de la realidad dominada por la mentalidad burguesa, que encontró en un pasado idealizado un lugar mucho más cómodo, espacio en el que se desarrolló el nacionalismo.

Dentro de la vertiente nacionalista del romanticismo, Musset y Santacruz entrarían en la facción conservadora dado el hincapié que hacen en la importancia del espíritu, del factor religioso, hablando, como nuestro articulista, de la unidad de los cristianos europeos para hacer frente a los orientales. Entienden la existencia de una «misión mesiánica» cuyo objetivo era lograr una fraternidad cristiana que nacería de la lucha por la liberación de las diferentes naciones que peleaban por su emancipación (Hubeňak 1985, 160).

Esa confianza en la resolución del conflicto, la mantuvo Pascual Santacruz en los días sucesivos. En su artículo del martes 9 de marzo, está convencido de que la ‘cuestión cretense’ se ha resuelto de forma satisfactoria, ya que tanto el Imperio otomano como Grecia han aceptado los términos propuestos por las ‘Potencias’, es decir, que Constantinopla concedería la autonomía a la isla y que Atenas haría lo mismo con sus reclamaciones irredentistas. No obstante, el horizonte no estaba tan despejado como *a priori* cabría esperar. El articulista de *El Defensor* alerta de un factor de desestabilización, el partido nacionalista heleno, que había convertido la *Ένωσις* en su razón de ser y que sería difícil de contentar. Dimitrios Rallis († 1921) se convertiría en la némesis de Theodoros Deliyannis. En un giro de guion, quien hizo caer al gobierno de Charilaos Trykupis con una retórica nacional-populista, demagógica, sería derribado por el descontento provocado por las promesas incumplidas.

En el punto de mira está la figura del rey Jorge, cada vez más impopular a pesar de los años que llevaba en trono griego —desde 1863, cuando se hiciera cargo del reino tras la abdicación forzada de Otón—. Se barajaba la posibilidad de que el monarca abandonara el cargo, con todo lo que ello supondría para la estabilidad europea. En seguida comenzaría una nueva carrera entre las monarquías del Viejo Continente por colocar a su candidato en Atenas; una carrera que dejaría vencedores y vencidos y que podría devolver a las ‘Potencias’ al año 1870, cuando las disputas por la sucesión española desembocaron en una guerra franco-prusiana que redibujó el mapa del continente. Por ninguna razón Alemania daría pie a una

reapertura de la cuestión de Alsacia y Lorena ni a que Francia —con el apoyo de Rusia y Gran Bretaña— diera los pasos necesarios para recuperar lo perdido algo más de un cuarto de siglo antes.

La política griega había entrado en un juego muy peligroso de la mano de un nacionalismo étnico alimentado por el propio primer ministro Deliyannis, con la aquiescencia de Jorge I, convencidos de que los problemas internos podían solucionarse agitando la amenaza de un enemigo exterior. El observador militar británico sir Ellis A. Bartlett se muestra contundente en sus apreciaciones sobre el carácter de los políticos griegos que tuvieron que afrontar la crisis de 1897: hombres incapaces de ver más allá de sus propios intereses. Dibuja un panorama político dominado por las camarillas atenienses, formadas en torno a dinastías familiares y sus redes clientelares que se imponen, aprovechando el ‘efecto capitalidad’, a la voluntad del resto del país.

En esa constante mirada retrospectiva hacia la antigüedad clásica, traza un paralelismo con el demagogo Demóstenes —que encarnaba a la perfección Theodoros Deliyannis—, que llevó a la democracia de Atenas a la perdición. No obstante, hay en las apreciaciones del británico se percibe un cierto tufillo clasista al achacar todo el desastre político griego a la falta de una aristocracia o una plutocracia que diera estabilidad al país (Bartlett 1897, 23-24). A la ausencia de una clase dirigente que condujera al país por unos derroteros que se asimilaran a los estándares imperantes en el resto de los países europeos. Ante estas insinuaciones cabe preguntarse el grado de influencia que tuvo la posición abiertamente antibritánica de Deliyannis. Subyace la percepción de que Grecia no era vista como un Estado independiente y soberano, sino un protectorado que debía actuar en todo momento de acuerdo con los dictados de las ‘Potencias’¹⁰.

A pesar de los prejuicios que pudiera tener sir Bartlett, no es menos cierto que la carencia de una clase media más o menos ilustrada pesó enormemente en devenir histórico de Grecia —y aquí habría otro paralelismo con la España que hacía frente a su crisis finisecular—. No había un grupo social que apuntalara a la monarquía ni al gobierno de turno durante períodos complicados, sino que todo en estaba en manos de políticos sujetos al cortoplacismo de los ciclos electorales. Todas las decisiones que se

¹⁰ Para ilustrar esta apreciación, baste recordar las presiones a las que se vio sometido el gobierno de Charilaos Trykoupis cuando pretendió declarar la bancarrota nacional en 1894. Ante la posibilidad de que las obligaciones contraídas por Atenas con bancos y empresas británicas, francesas o alemanas, los respectivos gobiernos dieron permiso para organizar manifestaciones en la capital griega, creando un clima de inestabilidad que condujo a la destitución del gobierno y el nombramiento de Theodoros Deliyannis como primer ministro interino y cuyo *Εθνικόν Κόμμα* (‘Partido Nacional’) ganó las elecciones del 24 de enero de 1895 (L’Heritier 1926, 302-303; Gallant 2015).

tomaban estaban orientadas a la permanencia en el poder, de ahí que no se calibraran las fuerzas reales, económicas ni militares, con las que contaba Grecia en el plano internacional (Ekinci 2006, 8). La *Μεγάλη Ιδέα* era un recurso útil, que los políticos enarbolaban para contentar a las masas de la capital (Gallant 2015).

El miedo que expresa Santacruz a las maniobras de los simpatizantes del *Εθνικόν Κόμμα* ('Partido Nacional') de Deliyannis está fundamentado por las maniobras de la *Εθνική Εταιρεία*¹¹, una junta de militares, suerte de sociedad secreta formada por jóvenes oficiales que en 1894 se unieron por el malestar hacia las políticas de Trykupis (Ekinci 2006, 11-12). El pensamiento de estos oficiales no distaba mucho del que tenían sus colegas británicos, españoles o franceses: veían en la incorporación de los territorios de Macedonia, Tracia o Creta una oportunidad para hacerse con sus recursos económicos; una forma de progresar en el escalafón. Ellos también eran hijos del colonialismo y el imperialismo, aunque a una escala diferente, tratando de civilizar el 'oriente del oriente', explotarlo como se hacía con las posesiones en África o Asia (Stavrianos 1958, 414-415). Pero sólo señalar el imperialismo/colonialismo como el motor de los miembros de la *Εθνική Εταιρεία* supone ver una cara de la realidad, incompleta si no tenemos presente la mística ortodoxa que hacía que se viera el movimiento panhelénico como una suerte de cruzada, rasgo que compartía con el paneslavismo espoleado por los zares y bien acogido por los recién nacidos Estados balcánicos (Taylor 1957², 229).

El peligro que representaba esta junta ultranacionalista estaba en la formación de partidas paramilitares que cruzaban al otro lado de la frontera otomana. A pesar de que los irregulares griegos no obtuvieron ningún resultado remarcable, los periódicos atenienses exageraron sus acciones, creando un clima de exaltación popular favorable a la *Εθνική Εταιρεία*, convertida en la única esperanza de construir la 'Gran Grecia'. A pesar de ello, no eran pocos los que se mostraban descontentos con sus actuaciones, dando lugar a escisiones más radicales como el autodenominado 'Comité Sangriento', mucho más comprometido con el recurso a la guerra para la materialización de la *Μεγάλη Ιδέα*.

Los comunicados que se conocen de esta organización secreta plantean una separación tajante entre el pueblo ortodoxo, en el doble sentido, religioso y político, y las élites corruptas, identificadas con el rey Jorge, Th. Deliyannis y los ministros de su gobierno, junto con toda la oposición.

¹¹ El nombre que se dieron, 'Sociedad Nacional', trataba de emular a la *Φιλική Εταιρεία*, la 'Sociedad de Amigos', germen de la independencia del Imperio otomano y el Estado-nación de Grecia. Planteaba la *Εθνική Εταιρεία* una nueva liberación del pueblo griego y regreso a los valores tradicionales en consonancia con otros movimientos nacionalistas similares en el resto del continente.

Según la ideología ultranacionalista del ‘Comité’, éstos eran un obstáculo para sus deseos de restaurar la grandeza perdida de los griegos y únicamente salvarían el honor si se unían al pueblo y los militares en la guerra contra los turcos (Ekinci 2006, 26; Gallant 2015).

Estos grupúsculos estuvieron detrás del estallido de las hostilidades en Creta. La *Επιτροπεία* (‘el gobierno provisional’) cretense se vio espoleada en sus aspiraciones por la *Εθνική Εταιρεία*, que se encargó de mandar a sus voluntarios paramilitares para avivar los ánimos y asegurarse el estallido de la guerra imperialista que tanto deseaban. Esta situación animó al gobierno griego a enviar el 14 de febrero de 1897 al coronel Timoleón Vassos a la isla al mando de 1.400 soldados a los que se fueron sumando varios irregulares, tanto cretenses como esos provenientes de la Grecia continental, no para defender a los cristianos sino para asegurar la anexión que las masas partidarias de Deliyannis reclamaban. El miedo a que se repitieran las movilizaciones populares en favor de continuar la guerra obviando el acuerdo logrado fue el mayor peligro durante esos primeros días del mes de marzo de 1897.

Asoman en las palabras escritas por Santacruz las ideas del jurista italiano Augusto Pierantoni († 1911), al que el estudiante de Derecho en Granada cita expresamente en su artículo del martes 16 de marzo en defensa de la legitimidad de las reclamaciones de cretenses y griegos. Afirma que no va a sentar cátedra sobre Derecho Internacional ni se va a extender en las opiniones de Pierantoni (*El Defensor*, 16/03/1897, 1). Bastaba con enunciarlo para suponer que los lectores más o menos familiarizados con las leyes supieran a qué se refería. La Europa de finales del XIX vivía inmersa en las consecuencias de los dos procesos de unificación, el italiano y el alemán, que modificaron el mapa y que, de una forma u otra, alentaron movimientos de emancipación en los Estados multiétnicos del continente. De acuerdo con las tesis del jurista italiano, todas esas reivindicaciones, en tanto que reafirmación de las identidades nacionales, representaban una extensión de los derechos civiles. Eran entendidos como algo inherentemente positivo, ligados a una política liberal, «progresista».

La nación se consideraba como el principal elemento civilizador y el principio sobre el que se sustentaba el recién nacido Derecho Internacional. En palabras de Pierantoni, a partir de esta concepción nacional, la guerra no se hacía en nombre de ambiciones materiales ni afán de conquista, sino para garantizar los derechos de la gente y son los ciudadanos quienes están obligados a conservar —y en nuestro caso, ganar— la autonomía de la nación (Breccia 2017: 52).

Por las argumentaciones de Santacruz, por lo que el propio Pierantoni desgrana en su obra fundacional *Il progresso del Diritto Pubblico e delle Gente* (1866), en principio Turquía quedaría al margen de las naciones

que darían cuerpo a una ordenación jurídica supranacional, ya que no se trataría de una monarquía constitucional como las del resto de Europa, en la que no se reconocen derechos y libertades individuales (Pierantoni 1866: 134-135), sino que están sujetos a un criterio confesional, encuadrados en el sistema de *millets*. No obstante, y aunque pueda entenderse como una contradicción, por mor de la tolerancia religiosa que aseguraría esta forma de organización, Turquía entraría dentro del Derecho Público Europeo (Pierantoni 1866, 151, n. 20). Que las ‘Potencias’ entendieran que era una pieza esencial para el equilibrio de poderes en Europa fue determinante para que se considerara a Constantinopla como parte del ‘concierto de naciones’ (Adanir 2005, 408).

El hecho de que haga hincapié en su artículo en que Creta forma parte del Imperio otomano como consecuencia de una conquista ilegal y sangrienta (*El Defensor*, 16/03/1897, 1), enlaza de nuevo con el pensamiento emancipador del jurista italiano, quien decretó que el inicio del *diritto pubblico* europeo y el nacimiento del principio de *arbitrato internazionale*, ‘arbitraje internacional’ —sancionado en el Tratado de París que en 1856 puso fin a la Guerra de Crimea— abrogaban cualquier derecho feudal, divino o de conquista que atentara contra la libertad y la autonomía nacionales (Pierantoni 1866, 133). Asoma el principio del «derecho de resistencia popular» cuando la actuación de los poderes locales coarta esa libertad nacional (Breccia 2017, 53-54), lo que justificaría el levantamiento de los cretenses en 1897.

Están presentes los recelos a que Gran Bretaña aproveche la situación en oriente para repetir la jugada que llevó a cabo en junio de 1878, cuando sus diplomáticos llegaron a un acuerdo con Turquía por el que los británicos se comprometían a defender Asia Menor de cualquier ataque ruso a cambio de que se les cediera la isla de Chipre. Fue una victoria de la diplomacia en un intercambio de territorios por el cual le dejaban las manos libres a Francia en Túnez al tiempo que creaban un agravio comparativo con una Italia que se marchó de Berlín con las manos vacías, pero con la perspectiva de lanzarse sobre Trípoli (Lord 1917, 63-64). No obstante, cuando en 1880 la política exterior británica varió en su relación con la Sublime Puerta y retiraron la promesa de ayudarla en caso de que Rusia la atacara, Londres no devolvió Chipre (Taylor 1957², 250 y 268). Era de esperar que, en una situación más o menos parecida —agresión a la soberanía otomana en otro punto sensible—, Gran Bretaña tratara de sacar provecho, sobre todo teniendo en cuenta el contexto político, dominado por un imperialismo agresivo.

No serían pocos los que temieran un nuevo acuerdo secreto entre los países interesados para, excluyendo a Grecia, afianzar las áreas de influencia de las potencias y asegurar la supervivencia de Turquía. Este último

objetivo no tenía nada que ver con una hipotética turcofilia de Londres, sino más bien como parte del ‘Gran Juego’. Que Constantinopla continuara rigiendo en el Medio Oriente y (sobre todo) en el Bósforo, era la mejor garantía de que su posición como Imperio no se viera amenazada por ninguna otra potencia europea, léase Rusia, pero también Francia.

Entendemos así mejor que las críticas de Santacruz estén dirigidas contra Rusia y Gran Bretaña que, a la postre, resultarían las grandes beneficiarias de cualquier conflicto en la zona. No obstante, hace un comentario muy llamativo. Al aludir a las ansias expansionistas rusas por Oriente, según habría dejado dispuesto en su testamento Pedro el Grande (1682-1725), también menciona lo poco dispuesta que estaba Rusia a emprender una nueva guerra contra Turquía (*El Defensor* 23/03/1897, 1). Lo cierto era que los rusos eran perfectamente conscientes de la falta de recursos para enfrentar de nuevo un conflicto armado, razón por la cual en las sucesivas conferencias internacionales transigieron con las peticiones británicas y adoptado una actitud más o menos agresiva, jugando con la amenaza de acabar con la paz en Europa o dinamitar la política de alianzas. La estrategia adoptada por Moscú parece ser la de dejar que Turquía se desangre en conflictos regionales contra los múltiples Estados balcánicos, debilitándose hasta que el desguace del Imperio otomano fuera la única opción viable. La postura filantrópica de Rusia, jugando la carta de su papel como defensora de los cristianos ortodoxos bajo la opresión otomana, no es, a juicio del comentarista de *El Defensor*, más que una máscara, una postura hipócrita.

En el artículo del martes 23 de marzo vuelve sobre la divergencia entre las posturas de los gobiernos de las ‘Potencias’, proclives al mantenimiento del *statu quo* y la no intervención y los deseos de las sociedades sobre las que gobiernan, que se muestran favorables a la causa del pueblo griego y cretense. Pone de relieve que la posición que los políticos muestran en público —defensa de los equilibrios y los intereses nacionales— no concuerda con las posturas que defienden en privado —reconocimiento del derecho de los cristianos de Creta a levantarse contra los turcos musulmanes y reclamar la *Ένωσις*—. También está sobre la mesa el trato que las cancillerías europeas dispensaban a Grecia, continuando con la idea de que era un Estado con el que se relacionan como si *de facto* fuera un protectorado. Las comunicaciones con el gobierno heleno son fluidas siempre y cuando éste se conduzca de acuerdo con las indicaciones de las ‘Potencias’. En el momento en el que primeros ministros como Theodoros Deliyannis se apartan de la línea ortodoxa, son duramente criticados.

Pero Santacruz tampoco ahorra invectivas contra la actitud griega. No se llama a engaño sobre la posición de Grecia, ya que alude a su «debilidad». Es un país pobre que depende en buena medida de las inversiones

extranjeras, de lo que deriva una deuda externa alta, y que hace poco aconsejable una política exterior agresiva. Coincidencia o no, el *Almanaque Bailly-Bailliere* publicado a comienzos de ese año 1897, no hacía un retrato demasiado halagüeño del estado del país. A pesar de haber sido «la cuna de la civilización europea, está en la actualidad muy atrasada», estado del que tal vez saldría si aumentaban los niveles de educación¹², se indicaba en las páginas dedicadas al país. Por otra parte, la imagen que da de Turquía no es mucho mejor: «La ineptitud de los dominadores turcos la ha sumido en un estado lamentable» (*Almanaque Bailly-Bailliere* 01/01/1897, 254)

En ese artículo, Pascual Santacruz compara la actitud del gobierno griego con la del niño revoltoso que se rebela contra sus tutores y hace lo que le viene en gana a pesar de las advertencias (*El Defensor*, 23/03/1897, 1). Esta postura concuerda con las expectativas que tenía la *Εθνική Εταιρεία* de una intervención europea en caso de que estallara la guerra contra Turquía (Gallant 2015), convencidos de que no los dejarían solos. Esperaban apelar a las raíces comunes cristianas, pero sobre todo al espíritu de la época, que veía con ciertas simpatías los movimientos de emancipación similares al *Risorgimento* italiano.

Una vez acabada la guerra, cuando comenzaron a aparecer en prensa balances de todo tipo, cobraría cuerpo la magnitud de la ayuda extranjera, en forma de voluntarios que acudieron en defensa de la causa griega. El contingente más numeroso sería el italiano, encabezado por Riciotto Garibaldi († 1924), hijo del héroe de la Unificación, al frente de unos 2.783 *camicie rosse*. Con diferencia, son el grupo nacional no-griego más importante de los que combatieron en la Guerra de los Treinta Días¹³, aunque

¹² El analfabetismo fue uno de los males endémicos de Grecia durante buena parte de su Historia y lo que tal vez explique esa falta de una clase política ilustrada que mirara más allá de sus propios intereses, como se quejaba sir Ellis A. Bartlett. Las cifras que se manejan van del 61% en 1907, al 43,3% en 1928. Por sexos, la tasa de analfabetismo alcanzaba el 40% entre los hombres y el 80% entre las mujeres a comienzos del siglo XX (Álvarez de Frutos – Filippis 2017, 53).

¹³ En este caso, se diferencia entre los voluntarios extranjeros y los griegos de la *Ομογένεια* ('Diáspora') que, residiendo fuera de Grecia, acudieron a luchar por la madre patria. Ya se ha señalado que entre los primeros fueron los italianos los que más peso tuvieron, siendo los franceses (187) el segundo contingente. Como dato curioso, se registra la presencia de un súbdito noruego en los campos de batalla de Tesalia. Por lo que se refiere a los griegos de la *Ομογένεια*, la mayoría de ellos provenían de territorios del Imperio otomano. El grupo más importante era el de Rumelia (5.700), que equivalía a las regiones de Tracia y Macedonia, que junto a los del Épiro (541) integraban los territorios que Grecia reclamaba en los Balcanes y que sólo se integrarían al Estado-nación tras las Guerras Balcánicas (1912-1913). La aportación de irredentistas la completan los voluntarios griegos de Asia Menor, Chipre y el

no se pueda decir lo mismo de la relevancia de su ayuda. Su papel en la batalla de Domokos (17 de mayo) no salvó al ejército griego del desastre: estaban junto a los 12 batallones a los que el II Cuerpo de Ejército comandado por Edhem Pachá († 1909) puso en fuga (*Extracto*, n.º julio 1897, 12-13).

Otra de las ideas que subyace en buena parte de las piezas publicadas por el joven estudiante de Derecho es la existencia ilegítima de Turquía, a la que considera un Estado que no debería ser. Y así lo manifiesta Santacruz en su artículo del 30 de marzo, contradiciendo aquí las enseñanzas de Augusto Pierantoni. Niega de forma rotunda que los otomanos pertenezcan al grupo de naciones civilizadas, de las naciones occidentales. Incluso, llega a afirmar que es un obstáculo para el desarrollo del Derecho de gentes, con lo que niega que Turquía pudiera llegar a respetar el Derecho Público Europeo que se estaba forjando. Y aunque pueda parecer que Santacruz está corrigiendo los planteamientos del jurista italiano, lo cierto es que está llevando a cabo su actualización. Si Pierantoni fundaba la integración del Imperio otomano entre las naciones europeas en el respeto a la pluralidad religiosa, el articulista le opone los crímenes cometidos a instancias del gobierno de Abdulhamid II en Armenia y Anatolia (*El Defensor*, 30/03/1897, 1), lo que echa por tierra cualquier pretendida tolerancia. Son esas «infamias» actuales, cometidas ante la pasividad europea, según recuerda Santacruz, las que invalidarían cualquier contemporización con el sultán otomano.

Al hilo de la buena sintonía entre Abdulhamid y las cortes europeas, podemos traer a colación la carta abierta que se publicó en un «importante periódico de Atenas» y difundida en el resto de países europeos a través de sus respectivas prensas. En dicho texto, se pedía el levantamiento del bloqueo naval contra Grecia y se permitiera la repatriación de las tropas del coronel Vassos desde Creta para poder emplearlas en el frente peninsular. Representa la queja por la indefensión al que el gobierno griego cree estar sometido por parte de las cancillerías europeas. Juegan a presentar a los gobiernos europeos como aliados del sultán otomano argumentando que, si bien les daría vergüenza sellar una alianza abierta con Abdulhamid por considerarlo un tirano, su actitud ambigua ante la guerra los convierte en sus mejores valedores, traicionando los valores que dicen defender. Los villanos de la Historia —hasta 1897— se quedan en nada al lado del «sultán rojo»; comparados con él, Nerón, Pedro el Cruel o Gengis Khan serían meros aprendices (*El Defensor*, 06/05/1897, 2).

Archipiélago de Chipre (3.582) (*Extracto*, n.º julio de 1897, 13). Con ellos, al menos mientras duró la guerra, se materializó la *Μεγάλη Ιδέα*.

Se establece una línea divisoria entre Europa y Oriente, en la que tiene cabida una referencia Bizancio. Para el articulista de *El Defensor*, el Imperio romano de oriente no formaría parte de la Historia del Viejo Continente, sino que constituye una entidad separada y que él asimila con la Turquía de sus días. Califica de «página magnífica de la Historia de Europa» la ocupación del ducado de Atenas por parte de la compañía de mercenarios catalano-aragoneses, los famosos almogávares que se alzaron contra Miguel IX Paleólogo (1294-1320) tras el asesinato del *condottiero* Roger de Flor en 1305¹⁴. Santacruz convierte a los «hispanos» —luego especifica que eran catalanes— en la mano vengadora de los intereses de un Occidente que reclamaba su lugar. Lo destacable es el paralelismo que establece entre la situación en la Edad Media y la de 1897. Igual que en el siglo XIV Bizancio daba muestras de decadencia, anunciando su final, a finales del siglo XIX, Turquía se hallaba en el mismo punto, con las ‘Potencias’ esperando su momento para repartirse los despojos del Imperio otomano.

La lista de pérdidas territoriales, a partir de las disposiciones del Congreso de Berlín, no haría más que acrecentarse a medida que pasara el tiempo y los diferentes pueblos que integraban el sultanato se alzaron para conseguir su independencia o la autonomía, con ayuda —o sin ella— de las principales cancillerías europeas. Santacruz tenía muy claro que, tarde o temprano, Creta conseguiría el autogobierno o se le permitiría la anexión a Grecia, uniéndose así a Chipre, Bulgaria, Rumanía, Serbia o Montenegro, que, en mayor o menor grado, se habían zafado del yugo turco.

En medio de estas teorías historicistas, se declara Santacruz partidario de una de las soluciones que se pusieron encima de la mesa para tratar de resolver la ‘Cuestión de Oriente’ de forma definitiva. Se muestra convencido de que todo pasa por la creación de lo que él llama «confederación de los pueblos Balcánicos (*sic*), con su capital en Constantinopla» (*El Defensor*, 30/03/1897, 1)¹⁵. Como puede intuirse fácilmente, esta opción pasaba necesariamente por la expulsión de los turcos de Europa y la consiguiente (re)conquista de la antigua capital bizantina. Lo llamativo de esta propuesta estaría en la abolición de los Estados-nación de los Balcanes,

¹⁴ Sobre la visión griega de la presencia catalano-aragonesa en Bizancio, véase: Morfakidis Filaktos (1986). A pesar del tiempo transcurrido y de recientes publicaciones (2021) —más bien plagios que me excuso de citar—, sigue siendo la obra de referencia para el estudio de esta temática.

¹⁵ En el contexto del final de la II Guerra Mundial en los Balcanes y previendo la formación de la federación yugoslava, L. S. Stavrianos (1944) publicó un ensayo en el que repasa los intentos por unir a los diferentes pueblos de la península balcánica en una única entidad estatal desde 1829 hasta sus días, si bien no se trata de un proyecto tan ambicioso, dejando de lado a Grecia y la capitalidad en Constantinopla/Estambul.

incluida Grecia, que para un occidental serían vistos como un todo; como un bloque homogéneo.

La postura del colaborador de *El Defensor* no se diferenciaría mucho de la imagen de sir Ellis A. Bartlett, para quien la ‘otra Europa’ estaba conformada por Estados fallidos cuya política interna era impredecible (Bartlett 1898, 24), lo que los convertía en aliados poco fiables. Por esta razón, los mismos que abogaban por esa confederación, añadían la apostilla de que debía estar bajo tutela de Occidente como única vía para que esta región del sureste europeo pudiera prosperar. Asimismo, Santacruz adelanta una medida que tendrá un triste desarrollo en los años siguientes, como consecuencia de las dos Guerras Mundiales: el traslado de las poblaciones en este caso turcas o musulmanas a los territorios de Asia.

Estos grupos, redimidos por su contacto con los europeos occidentales, a juicio del articulista, ayudarían de paso a revitalizar lo que él denomina las «degradadas razas». Queda patente la ‘pirámide’ que dibuja un Pascual Santacruz plenamente imbuido por las teorías del darwinismo social que estaban en la base del pensamiento colonial e imperialista europeo. La cúspide la marcaba la civilizada Europa occidental, formada por los pueblos latinos, sajones y germánicos, paradigma del desarrollo técnico y científico; un escalón por debajo estarían los pueblos de la Europa oriental, una Europa en la que se combinaban elementos occidentales y orientales —ahí estaba el pecado—, lo que le daba su carácter particular —el *blood, blood, blood* (‘sangre, sangre, sangre’) que solían exclamar algunos en Londres—, convirtiéndolos en un pueblo subalterno, necesitado de tutela. En la parte baja estarían el resto de razas a los que no han llegado los adelantos civilizadores europeos y a los que es lícito someter. En este esquema, es difícil encuadrar a Grecia, cuyo encaje en el primer grupo o en el segundo dependerá del grado de filohelensmo de quien mire.

Tras unos días de silencio en lo que a la ‘Cuestión de Oriente’ se refiere —para no aburrir a los lectores y que no lo considerasen un obseso—, el 20 de abril Pascual Santacruz volvía a comentar el conflicto greco-turco, que había entrado en una nueva fase. Dos días antes, y sin que muchos se sorprendieran, había comenzado la Guerra de los Treinta Días con espectaculares victorias para el ejército griego, que se había lanzado sobre las regiones del Épiro y Tesalia, sorprendiendo a los turcos. El tono en el que está escrita la pieza no desentona con los artículos que nuestro autor ha venido publicando sobre este mismo asunto. Como era de esperar, se muestra favorable a una intervención armada para apoyar a los cretenses en sus reivindicaciones. Y no sólo la que ha protagonizado el gobierno de Grecia.

Sostiene que es un deber moral de Europa entrar en guerra para ayudar a los griegos, sobre todo a los de Creta, que están dando al mundo entero

un ejemplo de dignidad nacional. Viene a certificar el fracaso de todas las iniciativas diplomáticas puestas en marcha para resolver la cuestión cretense; una cuestión que sólo es resoluble por medio de la fuerza de las armas. Sus palabras son un ataque a los políticos europeos, a los que no puede sino anatematizar y tachar de «gárrulos» (*El Defensor*, 20/04/1897, 1), es decir, de charlatanes que perdían en el tiempo en tribunas internacionales defendiendo más sus intereses nacionales que los del pueblo cretense, quienes vivían en una situación de opresión insoportable, de ahí que vaticine un retorno a la insurgencia si el problema vuelve a cerrarse en falso. La solución estaba en la concesión de la independencia a la isla o su anexión a Grecia.

Lo que no puede soportar Santacruz es la hipocresía de las ‘Potencias’, a las que parece importarles más el que puertos como Salónica, Esmirna o los Dardanelos sigan abiertos a la navegación internacional que la suerte que pudieran correr los griegos de Creta. Hace más de cien años ya un periodista en una tribuna granadina ponía sobre la mesa la colisión entre la defensa de los Derechos Humanos y los intereses económicos. Deja claro que el destino final de Turquía en Europa es desaparecer y que lo hará en medio de una guerra, lo que ya no lo está tanto es si esa guerra la comenzará «Grecia por dignidad o Europa por ambición». En el imaginario de Santacruz, Grecia estaría resucitando las Guerras Médicas a la espera de poder emular a Alejandro Magno en su conquista de Asia; ir de Maratón a Arbelas/Gaugamela. Se trataría de regresar a las ricas tierras cuna de la civilización.

En esos primeros días de la guerra, las noticias que llegan a la redacción del periódico granadino —a través de cables diplomáticos que publican los diarios de Madrid y son remitidos a Granada por los corresponsales en la capital de España— hacen prever una rápida victoria griega ante la incapacidad de los turcos para responder. En ese clima de exaltación filohelena, Santacruz no esconde su fe ciega en una victoria final de Atenas sobre Constantinopla, a pesar de la superioridad militar de los turcos sobre sus rivales. Para justificarse, alude a ejemplos de la Historia clásica en los que los griegos habían demostrado su capacidad para vencer lo imposible: «Aún no se ha trabado ningún combate naval ni los turcos han llegado a las Termópilas», señala Santacruz para defender su postura. Será una constante en los análisis que se hagan sobre esta guerra recurrir al paralelismo con las Guerras Médicas, comparando a los turcos con los persas de Jerjes (486-465 a. C.) y a los griegos de 1897 con los atenienses y espartanos del siglo V a. C. El paralelismo con la Antigüedad es una constante, y lo encontramos en textos tan poco literarios como el ya citado *Almanaque Bailly-Bailliere* en el que se afirma que aún en 1897 había algo del

genio antiguo entre los griegos contemporáneos (*Almanaque Bailly-Bailliere*, 01/01/1897, 253).

Sin embargo, aunque se posiciona junto a Grecia, en ningún momento acusa a Turquía de nada. Al contrario, considera al Imperio otomano una víctima más de la doble moral de la 'Potencias', con una frase lapidaria: «No es posible leer en los porvenir, pero sea cual fuere el resultado, es indudable que habrá una víctima. Esa víctima será Grecia o Turquía, y su verdugo, Europa» (*El Defensor*, 27/04/1897, 1). Esta entrega vuelve a ser una encendida diatriba sobre la hipocresía europea, señalando sobre todo a la diplomacia británica como la responsable de la situación, por haber mantenido a Creta separada de Grecia, conservando su estatus de provincia turca. Describe la situación como un sainete que ha devenido en catástrofe alentada por los intereses de cada una de las 'Potencias', desde quienes se pusieron de perfil, defendiendo una postura ambivalente —Gran Bretaña— hasta aquellos países que abogaban en esos días por la intervención directa. Se queja por la dejadez de los países europeos, pero al mismo tiempo recela de cualquier intento de mediación por parte de éstos.

Da la sensación de que Santacruz ve la guerra de abril-mayo como un asunto interno, que compete sólo a Grecia y Turquía, quienes tienen que dirimirlo sin que haya lugar a tutelas por parte de ningún Estado extranjero. No de otra forma puede entenderse la apelación que hace a los odios enquistados entre turcos y griegos, larvados durante tiempo bajo la mirada atenta de las cancillerías occidentales deseosas de sacar provecho de la situación de inestabilidad. Apela a las referencias clásicas como Salamina, la gran batalla naval que certificó la victoria griega en las guerras médicas además de la hegemonía marítima de Atenas —y la fama de Temístocles—, pero también a Navarino, lo cual no deja de ser irónico ya que la batalla de naval de octubre 1827, fue un triunfo de la escuadra combinada anglo-franco-rusa frente a la turco-egipcia, sin que Grecia tuviera un papel protagónico, si bien fuera la batalla que certificó su independencia tras seis años de guerra. El mito de las Termópilas también está presente en este artículo, pero más por la parafernalia del martirio nacional, el sacrificio de los héroes para la salvación de la patria, que por sus ventajas estratégicas en la guerra.

Los disturbios contra el rey y el gobierno de Theodoros Deliyannis fueron el tema del artículo semanal de Pascual Santacruz del 4 de mayo. No duda en señalar la desproporción entre ambos ejércitos, circunstancia que explicaba los retrocesos de los griegos frente a los turcos, pero también apunta a los motines populares como la causa última de las victorias otomanas. Habla de la demagogia criminal que actuaba en contra de los intereses de la nación helénica, haciéndole el juego a la Sublime Puerta. Si hubo una oportunidad de ganar la guerra —y de eso no duda nunca

Santacruz—, Grecia la perdió por culpa de unas masas convenientemente alentadas para derribar a la monarquía y desestabilizar al país justo cuando la unidad era más necesaria. Y si en este caso no dice quiénes fueron los instigadores, los lectores con memoria recordarán que ya señaló a los nacionalistas exaltados, a los miembros de la *Εθνική Εταιρεία* y el ‘Comité Sangriento’.

Lo que más parece molestar a nuestro articulista es el espectáculo que ofrecieron los griegos, desfondándose en un conato de guerra civil dentro de la guerra, de revolución populista/demagógica mientras las tropas de Edhem y Omar Pachá avanzaban imparables. Lo que más parece molestar a nuestro opinador es que Turquía mostrara a Europa el verdadero rostro de Grecia articulista un país oriental, similar a la propia Turquía (*El Defensor*, 04/05/1897, 1).

Pero la labor de adalid de la causa griega asumida por Pascual Santacruz, no se ciñó sólo a su columna semanal. Lo haría también publicando artículos sueltos cuando la actualidad lo requiriera, siempre ligados a esa vertiente internacional. En esta línea hay que enmarcar el que apareció el domingo 9 de mayo —coincidiendo con la conocida portada de *Le Petit Journal* sobre el carácter del conflicto—, en el que informa a los lectores granadinos de la publicación en Berlín de un libro titulado *Héroes y cantos populares de Creta*, uno de esos libros que aparecen animados por las circunstancias. Y se sobreentiende que éste lo es por quien lo firma, un griego de la diáspora, de la *Ομογένεια*, Mitsotakis, *a priori* nada que ver con el actual primer ministro, catedrático en la universidad berlinesa.

Reseñar el volumen le sirve a Santacruz para hacer un repaso a la nómina de héroes populares de la lucha contra el turco, apelando constantemente a la dupla «patria y libertad», presente en los poemas y narraciones recogidas por el erudito. En su intento por hacer comprensible a los lectores del *Defensor* lo que está sucediendo en el otro extremo del Mediterráneo, Santacruz traza un paralelismo entre los *kleptes* (*sic*) y los guerrilleros que se enfrentaron a las tropas napoleónicas a comienzos de su siglo, comparando a Juan Martín *El Empecinado* con Sifakas. La pléyade de héroes trágicos, mártires nacionales, le sirve a nuestro articulista para volver a lanzar sus duras acusaciones contra las ‘Potencias’, especialmente contra Francia y Gran Bretaña. Viene a decir que las hazañas de los *κλέφτης*, que el heroísmo que éstos habían demostrado bastaba por sí solo para darle la independencia a Creta o permitir su anexión a la «madre patria». Pero todo había resultado en vano, ya que la diplomacia se encargó de dejar sin efecto los logros conseguidos en el campo de batalla. Y aquí las palabras que repite son injusticia e inmoralidad; injusticia e inmoralidad por no querer reconocer la voluntad del pueblo cretense (*El Defensor*, 09/05/1897, 1).

La victoria turca representa la derrota de todo cuanto significa la civilización y la cultura europeas; la derrota de Grecia abre nuevamente la posibilidad de que Turquía amenace la paz del Viejo Continente. Puede que Pascual Santacruz no fuera el único que viera con horror la posibilidad de que la Sublime Puerta, envalentonada por la victoria ante los griegos y la inacción de las 'Potencias', emprendiera la reconquista de los Balcanes, empezando por Serbia y Bulgaria. Al comentarista no se le escapa que en Turquía se están produciendo movimientos internos contrarios a la influencia occidental en el país, empujando hacia posiciones más conservadoras que clamaban por una reislamización, retornando a los principios del Estado-ghazi que rigieron durante la conformación de lo que se conocería como Imperio otomano allá por el siglo XIV. No se le escapa tampoco a Santacruz la importancia que tiene para Europa, para su seguridad —y la de sus colonias norteafricanas y asiáticas— que Turquía se mantenga con vida, pero una Turquía sometida a la tutela de los Estados europeos como superiores material y moralmente. Por eso clama en las páginas del *Defensor* por una intervención que ponga fin a la guerra que, a la altura del 11 de mayo, ya no es probable que gane Grecia. De lo que se trata es de que la posición turca no salga fortalecida en exceso de la guerra, hasta el punto de que se puedan zafar de la influencia europea (*El Defensor*, 11/05/1897, 3).

La última «Crónica extranjera» aparecida en las páginas de *El Defensor de Granada* es la del 19 de mayo, con un cierto regusto amargo una vez certificada la derrota griega en la Guerra de los Treinta Días. Y, sin embargo, no hay en esta pieza ningún lamento ni diatriba similar a las que se pudieron leer en aquellos días en los que la victoria aún era posible para Grecia. En este artículo, Santacruz se despide con una historia de heroísmo durante los combates que se sucedieron tras el derrumbe del frente. Podría esperarse un alarde de las virtudes marciales del ejército griego y de sus oficiales; sobre su dignidad en la derrota, pero nada de eso se produjo. Antes al contrario, en prensa pudieron leerse episodios tan poco edificantes como la conducta de los príncipes Constantino y Jorge durante los combates en torno a Larissa (30 de abril) y el descalabro que produjeron con su indecisión e injerencias en asuntos militares (*El Defensor*, 30/04/1897, 2). Tampoco parecían mucho mejores las maniobras de jefes militares como el coronel Constantino Smolenskis, elevado a la categoría de héroe nacional a pesar de los descalabros provocados por sus ambiciones y recompensado por el gobierno de Rallis con el rango de general, previendo el posible motín popular (*Extracto*, nº octubre de 1897, 17) dado el malestar de la población.

A juicio de Santacruz quien salvó el honor nacional fue una mujer, Elena Constandini, a la que compara con María Pita, la heroína de la

defensa de A Coruña contra los ingleses en 1589, o a Agustina de Aragón, símbolo de la resistencia de Zaragoza a las tropas napoleónicas en 1809 (*El Defensor*, 19/05/1897, 1). Hijo de su época, el articulista se ve forzado a contrastar sus prejuicios acerca de las mujeres con la información que circulaba sobre Elena, tratando en todo momento de salvar su feminidad. No puede presentarla como una degenerada, en tanto que se no se comporta de acuerdo con los roles asignados tradicionalmente a su género, de ahí que aluda su belleza. Pero lo más significativo es la contraposición que hace entre la «organización desequilibrada» y el «alma serena» (*El Defensor*, 19/05/1897, 1), como si le costara reconocer en Constandini una medida que no debía ser un rasgo que definiera a una mujer.

Hubo en todos los artículos publicados por Pascual de Santacruz un denominador común: un clamor por una reorganización en las relaciones internacionales. El sistema de equilibrios forjado durante la ‘paz armada’ se consideraba agotado y poco acorde con las realidades nacionales que pedían paso, sobre todo en lo que a la ‘otras Europa’ de trataba. Los acuerdos internacionales vigentes hacían caso omiso a las reclamaciones de libertad de los Estados balcánicos, aun cuando éstos fueran vistos con ciertos recelos desde la Europa occidental. Había comenzado el asalto de las *jóvenes potencias* contra los viejos imperios que habría de concluir tras los acuerdos de paz de la I Guerra Mundial.

Bibliografía

Fuentes hemerográficas

—*Almanaque Bailly-Bailliere*

—*Defensor de Granada, El*

—*Extracto del resumen formado por este centro [el Depósito de la Guerra] de las noticias y artículos más importantes que publican las revistas y periódicos militares extranjeros*

Estudios

ADANIR 2005. F. Adanir, «Turkey's entry into the Concert of Europe», *European Review* 13.3, 395-417.

- ÁLVAREZ DE FRUTOS – FILIPPIS 2017. P. Álvarez de Frutos – D. Filippis, *II República griega (1924-1935). Venizelos y la diplomacia española*, Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas.
- BALBÍN 1909. A. Balbín, *La nueva Cuestión de Oriente*, Madrid: Revista de Derecho Internacional y Política Exterior.
- BAQUÉS 2020. Josep Baqués, «La teoría de la guerra justa: orígenes, evolución y contenidos», *Global Strategy Report*, nº 41/2020, disponible en: <https://global-strategy.org/la-teoria-de-la-guerra-justa-origenes-evolucion-y-contenidos/> [última consulta 09/10/2022]
- BARTLETT 1898. E. A. Bartlett, *The Battlefields of Thessaly. With personal experiences in Turkey and Greece*, Londres: John Murray.
- BRECCIA 2017. A. Breccia, «Pedagogia della nouva cittadinanza. L'avio dell'esperienza accademica e parlamentare di Augusto Pierantoni (1865-1883)», en M. Anglietti y C. Calabrò (ed.), *Cittadinanza nella Storia dello Stato Contemporaneo*, Milán: Franco Angeli, pp. 47-61.
- CANTALEJO 2021. J. R. Cantalejo, «Abogados almerienses: 180 años de literatura (1841-2021)», *REAL-Revista de Estudios Almerienses* 1, 53-70.
- CAVA MESA 2009. M.^a J. Cava Mesa, «Las alianzas europeas y la paz armada, 1890-1914», en J. C. Pereira (coord.), *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas*, Barcelona: Ariel, 253-279.
- CLOGG 2021⁴. R. Clogg, *A concise History of Greece*, Cambridge: Cambridge University Press [1^a ed. 1992].
- DE LA TORRE 2009. R. De la Torre, «La búsqueda de una nueva estabilidad internacional y diplomacia bismarckiana, 1871-1890», en J. C. Pereira (coord.), *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas*, Barcelona: Ariel, 189-210.
- EKINCI 2006. M. U. Ekinci, *Origins of the 1897 Greek-Ottoman War: a Diplomatic History* [Master's thesis Bilkent University, Ankara] <http://repository.bilkent.edu.tr/handle/11693/29827>
- GALLANT 2015. Th. W. Gallant, «The Greek *fin-de-siècle*, 1893-1913», en Th. W. Gallant *The Edinburgh History of the Greeks, 1768 to 1913. The Long Nineteenth Century*, Edimburgo: Edinburgh University Press. [Libro electrónico].
- HUBEÑAK 1985. F. Hubeñak, «El romanticismo político», *Revista de historia contemporánea* 4, pp. 151-166.

- L'HERITIER 1926. M. L'Héritier, *Histoire diplomatique de la Grèce de 1821 à nos jours. Tome IV: Suite du règne de Georges I^{er} jusqu'à la Révolution turque (1878-1908). Hellénisme et Germanisme*, Paris: Presses Universitaires de France.
- LORD 1917. R. H. Lord, «The Congress of Berlin», en AA. VV., *Three Peace Congresses of the Nineteenth Century*, Cambridge: Harvard University Press, pp. 45-69.
- MARTÍNEZ CARRASCO 2017. C. Martínez Carrasco, «El orientalismo greco-bizantino en la España de finales del siglo XIX: Antonio de Zayas Beaumont», *Byzantion Nea Hellás* 36, 204-223.
- MORCILLO 2015. M. Morcillo, *Documentos del Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español. Período de Jorge I de Grecia (1863-1913)*, Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas.
- MORFAKIDIS FILAKTÓS 1986. M. Morfakidis Filaktós, *Estudio de las fuentes griegas sobre la dominación de los catalanes en Grecia*, Granada: Universidad de Granada.
- MORFAKIDIS MOTOS 2017. D. Morfakidis Motos, *La Cuestión de Oriente en la Historiografía decimonónica española (1821-1878)* [Tesis doctoral Universidad de Granada] <http://hdl.handle.net/10481/47380>
- PICARD 1947. Roger Picard, *El romanticismo social*, México D.F: Fondo de Cultura Económica.
- PIERANTONI 1866. A. Pierantoni, *Il progresso del Diritto Pubblico e delle Gente*, Módena: Nicola Zanichelli e soci.
- RODRÍGUEZ ANDREU 2017. M. Rodríguez Andreu, «Luchando contra el 'inat' o entender a la sociedad serbia en el desorden global: UE-Rusia, OTAN y Kosovo», en D. M. Morfakidis Motos – J. Á. Ruiz Jiménez (eds.), *Balcanes: procesos históricos y desafíos actuales*, Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, 299-317.
- SAID 2015. E. Said, *Orientalismo*, Barcelona: Debolsillo Editorial [hay múltiples ediciones desde que se publicara el original inglés en Nueva York: Pantheon Books, 1978. 1ª ed. española, Madrid: Ediciones Libertarias, 1990].
- SHAW – SHAW 1977. S. J. Shaw – E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*. 2 vols. Vol. 2 : *Reform, Revolution and Republic. The Rise of Modern Turkey, 1808-1975*, Cambridge: Cambridge University Press.

- STAVRIANOS 1944. L. S. Stavrianos, *Balkan Federation. A History of the movement toward Balkan unity in Modern Times*, Northampton: Department of History of Smith College.
- STAVRIANOS 1958. L. S. Stavrianos, *The Balkans since 1453*, Nueva York: Reinhart & Company.
- TAYLOR 1957². A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe, 1848-1918*, Oxford: Oxford University Press [1ª ed. 1954]
- TUNG 2001. Anthony M. Tung, *Preserving the world's great cities. The destruction and renewal of the historic metropolis*, Nueva York: Three Rivers Press.
- VEIGA 2019². F. Veiga, «'Estado de excepción ilustrado'. Autocracia, progreso y oposición en tiempos de Abdülhamid II, 1879-1902», en F. Veiga, *El Turco. Diez siglos a las puertas de Europa*, Barcelona: Debate [1ª ed. 2006]. [Libro electrónico].
- VILELA GALLEGO 2012. C. Vilela Gallego (trad.), *Nicos Casandsakis. El capitán Mijalis. Libertad o Muerte*, Madrid: Ediciones Cátedra.
- WALZER 2006⁴. M. Walzer, *Just and Unjust wars. A moral argument with historical illustrations*, Nueva York: Basic Books [1º ed. Nueva York: Basic Books, 1977].